

LOS OCHENTA AÑOS DE VAZQUEZ DIAZ

Escribe: LUIS NAVARRO

Una nueva sala de arte se acaba de inaugurar en Madrid. Su nombre es de solera: "Quixote"; su apertura no lo es menos: Daniel Vázquez Díaz. Cuatro siglos respaldan la excelencia del primero; ochenta años, la del segundo. Un año menor que Picasso, otra provincia de la común patria chica: Andalucía, el idéntico itinerario de París bajo la exacta providencia española, y una solución diferente: Pablo Ruiz Picasso en el vórtice delirante de la universal Rosa de los Vientos, Daniel Vázquez Díaz en la meseta rigurosa donde confluyen perpendicularmente los cinco puntos cardinales del toro ibérico. Todos sabemos que Pablo Ruiz Picasso ha creado el Cubismo y dado paternidad putativa a otros ismos; que su pintura se divide en varias épocas; que ha ejecutado en diversas especies del género plástico: grabado, cerámica, escultura; que ha intervenido en la literatura: poesía, teatro; que ha hecho su aparición por el terreno de la danza y del cine; que no ha escrito sus memorias porque su memoria es el Siglo mismo. De Daniel Vázquez Díaz todo lo más que se sabe es que pinta, y, desde luego, que pinta bien, pero... Pero no ha cambiado, no ha sabido cambiar, no ha querido cambiar. Es decir: ha sido el mismo siempre. Y esto es imperdonable para un siglo de sicosis polirítmica, donde la afirmación solo adquiere validez si está condicionada por la negación en el tiempo más inmediato y por el mismo sujeto. La eternidad ya no es objetiva ni serena sino todo lo contrario, la contradicción es el signo de nuestro tiempo y por eso se manosea tanto el término "trascendencia". Todos los artistas que se abalanzan frenéticamente hacia lo abstracto suelen hacer las declaraciones más paradójicas ante el consenso de la opinión: "Yo busco", "Me dirijo conscientemente", "Me aproximo honestamente", "Me acerco paulatinamente", etc., etc., etc. Picasso solo ha seguido las corrientes que él ha fundado (por lo tanto no ha realizado ni una sola obra abstracta), y no ha hecho declaraciones —en todo caso se las han atribuido—, y ha provocado el mito. Vázquez Díaz no ha descubierto nada sino a sí mismo, se ha sumergido en la irreductible arteria de la tradición y ha provocado lo humano. Picasso ha sido inteligente; Vázquez Díaz ha sido... Vázquez Díaz.

Dentro de la Pintura Española Moderna, Vázquez Díaz ocupa el sitial de honor dejado vacante sucesivamente por Igancio Zuloaga y José Gutiérrez Solana; con esto pretendo señalar la línea plástica donde se

sitúa el pintor: tradición nacionalista, concepto expresionista, tratamiento seco. En la otra banda forman filas los nombres representativos de Mariano Fortuny, José Sorolla, Benjamín Palencia, quien, con Vázquez Díaz, clausura —así parece— la Pintura Realista Española. Hay una corriente crítica muy actual —esa que ha ensalzado a Zurbarán frente a Ribera y descalificado a Murillo— que ahora la emprende contra Sorolla y Zuloaga en beneficio de un tal Isidro Nonell, artista paisano de los pontífices de esta corriente, al descubrirle, medio siglo *post mortem*, como el compañero magistral de Picasso en los años catalaúnicos de Pablo Ruiz. (Firmado por Isidro Nonell solo recuerdo unas figuras de café cantante donde las nueve décimas partes de los cuadros están rellenas amablemente por el floreado mantón de la “coupletière”. Posiblemente en algún recinto de estricta exclusividad se encuentre aquilatada la otra faceta, valiosa y fenomenal, del Nonell que ignoramos. La suspicacia del realista español ante los pronunciamientos gratuitos usa la condición de Tomás el Apóstol: ver para creer... y posteriormente, concluir).

De este jaez son los que hoy exaltan dogmáticamente la pintura del catalán Tapiés y sus mansos epígonos —llamada con toda razón “Arte Otro”—, haciendo tabla rasa de todos los valores pictóricos españoles posteriores al universal sordo de Fuendetodos. Como antes sucedió con Picasso, Gris, Miró y acaso Dalí. Como no ha sucedido con el pintor más auténticamente español del siglo XX: Antonio Clavé. Es un fenómeno de sensibilidad epidérmica, típico en nuestro temperamento hispanolatino, que se deja arrebatar por el resplandor de lo brillante, lo que se importa, lo que viene de fuera, y desprecia los tizones que arden en lo auténtico como emoción provinciana. Se aplaude a Carmen de Merimée y no a Carmen de España, como canta la copla.

Otra cosa es el Arte sin fronteras.

El valor de Vázquez Díaz es el valor de la consecuencia, según la certera apreciación de Gil Fillol. Ochenta años al servicio de una razón: pintar. Ochenta años en función de una causa: pintar bien. Ochenta años en virtud de una actitud consecuente, que no es lo mismo que conformista. Por lo que me aseguran, Vázquez Díaz se caracterizó en muchas ocasiones como un vigoroso protestante —de palabra y de hecho— ante los intereses creados de la Academia y las corrientes de la rebeldía patrocinada. Su gesto inconforme guarda todavía memoria en los bedeles antiguos del Palacio de Exposiciones del Retiro madrileño.

Amigo personal y compañero de arte de Solana, no obstante, su camino plástico no comparte la concepción barroca y el sentido surreal sino que va a la forma con otro rigor de medida, seco y cortante, de encuadre geométrico y parquedad de motivo. Más Castilla y menos Norte. Aunque la razón técnica se apoye en la doctrina cubista, que Vázquez Díaz conoció a lo vivo en sus años parisinos de la primera anteguerra mundial y por la que Solana nunca experimentó el menor interés. De París, Vázquez Díaz, sólo se trajo cierta síntesis de elementos plásticos y su mujer, la danesa Eva Aggerholm.

Las zonas de realización en Vázquez Díaz se encuentran justamente caracterizadas: intimidad y monumentalidad, retrato y mural. Patente

de su talante monumental son los frescos de fervor colombiano del monasterio de La Rábida, en la provincia mesiánica y marinera de Andalucía: Huelva, cuna de Daniel y de Juan Ramón. Retablo de fe "mística y guerrera" donde el color gris y la química aséptica de la trementina conjugan carnes y pliegues talares de ascésis, ángulos, aristas, diagonales como entelequias del gesto. Es el fraile guerrero y el conquistador, aventurero de la Fe.

En el retrato, sin perder esa severidad de color y la disposición plástica, el artista se libera para dar paso a un mundo de pasión: los toreros; los fondos se acentúan de sombra y el traje de luces adquiere su exacta fisonomía dramática. El rojo es determinante. El verde, en cambio, que aquí solo juega su valor de complemento, adquiere preeminencia cuando el retrato entra en ámbito de intimidad: los retratos del hijo, de la madre, los interiores domésticos; o se armoniza a pleno equilibrio con el violeta para decorar el morbo sensual de los desnudos. Únicamente cuando se trata del personaje el artista retorna a los caracteres de su pintura monumental y el color se identifica con la dimensión de la luz: Unamuno, Juan Ramón, Hernán Cortés, María Guerrero, Azorín, los hermanos Baroja, Falla, los Solana.

En el paisaje, en general, Vázquez Díaz pierde personalidad y debe buscar apoyaturas en primer plano para consolidar la sustancia de las tierras o el horizonte. Es un viejo truco efectista que hoy ya no se usa más que en las estampas de almanaque.

"Haciendo su pintura, fiel a su pensamiento, ha llegado a su sitio sin tener que pedirlo, ni usurparlo, ni agradecerlo. Le ha bastado con merecerlo". Junto al Imperio de Picasso aún queda algún Señorío independiente.